

## **EL DESARROLLO DE LA LINGÜÍSTICA Y LOS ESTUDIOS DE CUARTO NIVEL EN NUESTRO PAÍS**

**Marianne Peronard\***

\* Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

## RESUMEN

La ciencia ha sufrido importantes cambios en sus fundamentos epistemológicos a lo largo del siglo XX. La Lingüística no ha estado ajena a este devenir, lo que explica, en parte, la variedad de opiniones acerca de lo que debe ser su objeto de estudio. Hay un hecho, sin embargo, que no ha cambiado: la reconocida importancia del papel que el lenguaje juega en los más variados aspectos de la vida humana y, consecuentemente, las estrechas relaciones que pueden existir entre la Lingüística y las otras disciplinas humanas. A pesar de esto, sorprende comprobar cuán pocas posibilidades se ofrecen en Chile para seguir estudios de profundización en tan importante campo. Creemos que en el futuro esta situación va a cambiar en la medida en que la comunidad académica y profesional descubra la variedad e importancia de las aplicaciones multidisciplinarias que surgen de un mejor conocimiento de lo que es el lenguaje.

## ABSTRACT

*In the 20<sup>th</sup> century, science experienced major changes in terms of its epistemological grounds. Linguistics did not escape this process and, in part, this accounts for the manifold opinions on what its object of study should be. However, there is one fact that remains unchallenged: the acknowledged importance assigned to the role that language plays in the most varied aspects of human life and, consequently, the close connections that can exist between linguistics and other human disciplines. Nevertheless, it is amazing to verify how few possibilities exist in Chile to pursue in-depth studies in this important discipline. We believe that this situation will change in future as the academic and professional communities discover the diversity and importance of multidisciplinary applications that emerge from an enhanced knowledge of what language entails.*

## EL DESARROLLO DE LA LINGÜÍSTICA Y LOS ESTUDIOS DE CUARTO NIVEL EN NUESTRO PAÍS

Una somera mirada a la situación de los posgrados en el área de la lingüística basta para dejar sorprendido a cualquiera que, aun sin ser especialista en el tema, comprende la importancia que el lenguaje tiene prácticamente en todos los ámbitos del quehacer humano. De los casi 250 programas de máster que se ofrecen en el país, no alcanzan a una docena los que corresponden a esta disciplina, mientras que de los cerca de setenta doctorados impartidos solo unos pocos son de esta área. Este panorama parece exigir una explicación.

Se suele decir que el avance de las ciencias en el último siglo ha sido mayor que el alcanzado en todos los anteriores y para graficarlo se usa una serie de metáforas y figuras. Pero en realidad, al hacerlo, se está pensando en las “ciencias duras”: la Física, la Biología, las Matemáticas, así como en las tecnologías a las que han dado origen y fundamento. Se habla de la llegada del hombre a la Luna, de los viajes espaciales, de la inquisidora mirada del astrónomo hacia los confines del universo; se piensa en los adelantos genéticos que parecen guardar la promesa de vida eterna para las personas del no tan distante futuro; se contempla los avances de la Física hacia lo inimaginablemente pequeño y lo inabordablemente complejo (Penrose, 1999).

Pero esta mirada de admiración e incredulidad no recae con igual frecuencia en las ciencias humanas. La Sociología, la Historia, la Psicología, la Antropología, la Lingüística, aparecen en la mente de la mayoría de los legos como ciencias estáticas, detenidas en algún momento de su desarrollo, por lo general en el de sus inicios. Este menoscabo no es justo y está lejos de corresponder a la realidad. La mayoría de estas disciplinas, al igual que las denominadas duras, ha evolucionado al compás de las revoluciones científicas o cambios que

renuevan cada cierto tiempo las nociones de lo que se ha de entender por ciencia, los métodos aceptados por la comunidad científica, sus metas y objetivos y, fundamentalmente, las preguntas que es posible plantearse frente al objeto propuesto.

La concepción empobrecida y restringida de las ciencias humanas parece ser especialmente cierta al hablar de las relacionadas con el lenguaje: la lingüística y sus subdisciplinas. Cuando, en la década de 1920, Ferdinand de Saussure se propuso crear una disciplina que se preocupara de estudiar “la vida de los signos en el seno de la vida social” (Saussure: p. 60), a la que dio el nombre de “semiología”, sintió que había logrado asignar a la lingüística un puesto entre las ciencias humanas. Y no estaba equivocado; pero el precio que tuvo que pagar no fue menor: a fin de deslindar y definir un objeto particular de estudio a partir de los “heteróclitos” hechos de lenguaje, debió recurrir a descortes dicotómicos tajantes. Partiendo del supuesto de que uno de los principales objetivos de esta naciente disciplina debía ser deslindarse y definirse ella misma, emprendió la tarea de encontrar un objeto “único y verdadero” que ninguna otra ciencia pudiera reclamar como suyo. Dicho objetivo le pareció al lingüista ginebrino primordial para dar estatus de ciencia a esta nueva disciplina dentro de los cánones científicos imperantes en su época. Destacó la ventaja de las otras ciencias, que, en su opinión, “operan con objetos dados de antemano y que se pueden considerar enseguida desde diferentes puntos de vista. No así en la lingüística [...] Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea al objeto” (Saussure: p. 49). Ahora bien, esa creencia refleja lo que se suele denominar el empirismo característico de las ciencias positivistas del siglo XIX. En efecto, cuando se cree que los objetos se hacen evidentes y se revelan al ser humano gracias a los sentidos, se justifica el método inductivo que privilegia la observación y sólo se le asigna al sujeto la capacidad de generalizar a partir de observaciones controladas. El mundo material (físico, químico, biológico) parece estar ahí y al científico le basta con descubrir y describir lo previamente existente, desde cualquiera de las perspectivas que le interesen. Saussure (1945) advirtió que definir la lingüística y delimitar un objeto que le fuera propio no era tarea fácil, pues eran muchas las ciencias que le daban datos a esta naciente disciplina o los tomaban de esta, y los límites entre ellas no siempre se veían con claridad. Así, por ejemplo la

Etnografía, la Antropología, la Sociología, la Psicología Social, la Fisiología, la Filología, la Sociología, la Historia, son todas disciplinas que –con uno u otro propósito– tocan directa o indirectamente el lenguaje en alguna de sus múltiples facetas. Saussure propuso que se considerara solo el sistema convencional de signos por ser, en su opinión, la parte esencial del lenguaje. Dicho de otro modo, sugirió descartar lo variable, lo original, lo individual, es decir, descartar la actividad lingüística, el habla. Con ello logró excluir de su estudio al hombre, causa de la mayor parte de la variabilidad. No es casual que años más tarde Miller (1969) haya calificado al ser humano de “ruido parásito” dentro de los sistemas de comunicación, por lo errático y perturbador de su presencia en las situaciones reales de comunicación verbal. Como sea, la proposición final de Saussure fue que la lingüística “tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma, y por sí misma”, frase que cierra su *Curso de Lingüística General* (Saussure: p. 364). El objeto lingüístico así definido y encerrado en un estudio inmanente resultó ser demasiado lejano y abstracto como para atraer al público en general, que no lo asocia al uso familiar o cotidiano del lenguaje. Posiblemente tampoco haya presentado interés para otros especialistas, para quienes no era fácil intuir la utilidad de sus planteamientos en sus propias áreas: la propuesta de un estudio estrictamente inmanente erigió una muralla entre el quehacer de los lingüistas y el de las otras ciencias humanas o biológicas. Esta situación no era desconocida. Ya en su época, el padre de la lingüística preguntaba: “¿Y cuál es la utilidad de la Lingüística?”, y se respondía: “Pocas personas tienen sobre esto ideas claras” (Saussure, 1945:47).

Que la gente culta mantenga hasta el día de hoy la concepción estrecha de la Lingüística estructural de los inicios resulta natural si se considera la coincidencia de perspectivas a ambos lados del Atlántico, y más aún por la enorme influencia que dicha disciplina ejerció sobre las metodologías de las ciencias humanas, especialmente en Europa. De hecho, las famosas dicotomías saussureanas: sistema abstracto versus uso concreto (lengua y habla), estado versus devenir (sincronía y diacronía), imagen acústica versus concepto (significante y significado), pudieron ser acomodadas a los diversos objetos de estudio y a las diversas posiciones epistemológicas de comienzos del siglo XX, permitiendo avances hasta ese momentos insospechados en las ciencias humanas, en especial la Antropología.

Simplificar el objeto de estudio de la Lingüística a la lengua, a cada una de ellas en particular, como también a lo que todas las lenguas tienen en común, no permitió crear una disciplina elemental con un objeto homogéneo. Prácticamente desde sus inicios fue posible distinguir ciertas especializaciones en su interior, que pronto se transformaron en subdisciplinas, con publicaciones y centros de investigación diferenciados: la Fonología, la Morfología, la Sintaxis, la Lexicología e incluso la Semántica. Estos estudios solían mantenerse estrictamente dentro de los límites de una sola lengua o de un grupo de lenguas históricamente relacionadas. En Europa surgieron así los primeros estudios de posgrado en el campo del lenguaje. Sin embargo, conservaban la antigua denominación de Doctorado en Filología: germánica, anglosajona, románica, etc. De hecho, el primer doctorado chileno en el campo de las ciencias del lenguaje fue el ofrecido por la Universidad de Chile con el nombre de Doctorado en Filosofía con mención en Filología Románica. Su primer graduado fue don Ambrosio Rabanales en 1953 y el programa permaneció vigente hasta el año 2000.

A las anteriores especializaciones habría que añadir aquellas que asumen un enfoque comparatista: se comparan lenguas y variedades de ellas en los tres ejes del diasistema (Rona, 1969): tiempo (estudios diacrónicos o lingüística histórica), espacio (dialectología) y estratos sociales (diastratía).

A pesar de esta gama de posibles estudios, fueron pocos los centros universitarios, incluso a nivel mundial, que ofrecieron posgrados en Lingüística. En Estados Unidos esta nueva disciplina se cultivó al interior de los departamentos de Antropología, de Filología, de idiomas o de literatura. Como señala Joos (1966), recién en la década de 1950 se pudo decir que la Lingüística lograba ser reconocida como una disciplina independiente. Por otra parte, el solo hecho de que la Lingüística se comenzara a abordar al interior de departamentos centrados en otras disciplinas, junto a la innegable realidad de las vinculaciones del lenguaje con otras actividades humanas –que había motivado a Saussure a definir su objeto de modo de que no fuera disputado por otra ciencia– contribuyeron a debilitar la voluntad autonomista de sus cultivadores, dando origen a estudios interdisciplinarios. Comenzaban así a surgir, tímidamente, algunos

programas de posgrado en áreas como la Etnolingüística, la Sociolingüística, la Psicología Social, que se agregaban a los más tradicionales programas de lingüística nacionales o regionales.

La concepción empirista de las ciencias, vigente durante la época del positivismo epistemológico, que no cuestionaba la existencia de objetos de estudio exteriores al sujeto, preexistente a su delimitación por el científico, sufrió un gran cambio –una revolución, diría Kuhn (1971)– a comienzos del siglo XX. Paradójicamente, este cambio fue liderado por la Física, la ciencia de la materia. Cuando esta disciplina se alejaba del mundo a escala humana para buscar la explicación de lo visible en lo grande, lo cosmológico y lo muy pequeño, lo subatómico, el método de observación resultaba claramente insuficiente y las generalizaciones inductivas, insatisfactorias. Por un tiempo, la solución parecía surgir del recurso a un racionalismo cartesiano: confiar en la mente para trascender lo observable y buscar en lo inteligible la fuente de teorizaciones que alcancen el nivel explicativo. El método inductivo era sustituido por el hipotético deductivo; las teorías no eran simples generalizaciones de regularidades observables, pretendían explicarlas. Alejándose del fenomenalismo vigente, el método hipotético deductivo postuló que lo observable podía ser explicado, proponiendo teorías de gran nivel de abstracción, de las que se derivaron, mediante procesos de deducción, proposiciones específicas que podían ser corroboradas en los datos concretos (Hempel, 1973).

Si bien la esperanza de llegar a la “verdad” que albergaban los cultores de esta concepción racionalista de las ciencias sufrió un fuerte embate por la postura falsacionista de Popper (1973), en la Lingüística alcanzó a dar un importante fruto: la gramática generativo-transformacional. Esta corriente propuesta por Chomsky (1970) nació en abierta oposición a ciertas limitaciones del estructuralismo descriptivista y al empirismo que le sirvió de base. En efecto, su propuesta pretendía superar el nivel de adecuación observacional para alcanzar el nivel de ciencia explicativa y, por consiguiente, buscaba innovar en el concepto de método y objeto de la Lingüística. Su irrupción en la comunidad científica significó un nuevo impulso para la disciplina en cuestión, dando origen a estudios de posgrado en lingüística teórica en diversos países, muy especialmente en Estados Unidos en el ámbito de la influencia del Massachusetts Institute of

Technology (M.I.T.), verdadero centro del que irradia y desde el que se propaga esta nueva concepción de la lingüística. El cartesianismo epistemológico de Chomsky se extendió a un cartesianismo ontológico: el lenguaje es un conocimiento específico de nuestra especie, la que gracias a incontables generaciones de comunicación verbal viene pre-programada para aprender (adquirir) en muy poco tiempo un sistema de comunicación que utiliza productivamente, es decir, creativamente. Este “uso creativo” puede sintetizarse como la capacidad del ser humano para producir enunciados siempre diferentes, adecuados al contexto pero no determinados por estímulos que pudieran asociarse con ellos; desde el punto de vista del oyente, el uso creativo se manifiesta en la capacidad de entender una infinidad de enunciados no escuchados ni producidos nunca antes. La consecuencia necesaria de aceptar este concepto de habla o actuación lingüística era reconocer que el objetivo de la Lingüística no podía ser su descripción, puesto que la infinidad de oraciones producidas impide cualquier intento de exhaustividad; se debía, en cambio, apuntar a explicar este uso creativo, describiendo el conocimiento (competencia) que el individuo tiene y que le permite este uso creativo. La oración, como segmento en el que realmente se manifiesta dicha creatividad, pasó a ser el centro de la atención de los lingüistas que seguían el modelo chomskiano.

Otra consecuencia de aceptar que las oraciones producidas o comprendidas por cualquier hablante son siempre novedosas y no fruto de la repetición de estructuras aprendidas es que se invalidó toda explicación asociacionista, mecanicista del habla, como la intentada por el conductista Skinner (1957). Si bien las proposiciones de Chomsky (1970) cambiaron considerablemente desde la aparición de su primer modelo, en la década de 1950, sus objetivos se han mantenido: explicar el uso creativo y la adquisición de su lengua materna por parte de cualquier niño/a normal, inmerso/a en una comunidad lingüística.

En nuestro país, la influencia de Chomsky ha sido lenta en hacerse sentir, pero se puede observar en el Doctorado en Lingüística ofrecido por la Universidad de Concepción desde hace algunos años y que ya cuenta con sus primeros graduados. Este programa es uno de los dos doctorados en lingüística impartidos en nuestro país que cuentan con acreditación oficial de la Comisión Nacional de Acreditación de Postgrado (CONAP).

Ubicar la lengua (competencia) en la mente constituye un alejamiento radical del positivismo empiricista al poner el objeto “mente” al alcance del conocimiento científico, tal como las “ciencias duras” ponen en lo inobservable la explicación de lo observable. Alcanzar el nivel de adecuación explicativa (Chomsky, 1965) de la adquisición de dicha competencia, implica describir teóricamente las características compartidas por todas las lenguas (universales lingüísticos), así como las capacidades innatas que le permiten al individuo en tan corto tiempo y a tan temprana edad desarrollar su competencia, a partir de los datos lingüísticos que escucha en su entorno. Claramente, plantearse estos problemas solo es posible gracias a la aceptación del paradigma racionalista.

Entre las otras ciencias humanas, la disciplina que más dramáticamente se ve afectada por el cambio paradigmático es la psicología. Esta disciplina abandona el antimentalismo que caracterizó la psicología conductista, la perspectiva más extendida a comienzos del siglo XX, para sumarse a la nueva corriente epistemológica. Nace así la psicología cognoscitivista, que acepta la incorporación de los procesos mentales entre sus posibles objetos de estudio.

Si la consideración de la lengua como comportamiento social había dado origen a la sociolingüística, también la lengua como conocimiento originó la sicolingüística (Halliday, 1982). En realidad, ya en 1950, desde la perspectiva empiricista se había intentado integrar los estudios provenientes de la Psicología y de la Lingüística. En aquella época se reunieron psicólogos conductistas y lingüistas estructuralistas bajo la impronta de la teoría de la información propuesta por Shannon y Weaver. Según Miller (1974), hay que reconocer que fueron los psicólogos adscritos a esa corriente los que primero se interesaron en estudiar en detalle el lenguaje, confundiendo pensamiento con habla o “conducta verbal” y entre los lingüistas, los que tenían a la antropología como segunda actividad, fueron los que se interesaron por colaborar en la integración de ambas disciplinas bajo la rúbrica “sicolingüística”. A pesar de las limitaciones de las disciplinas, tal como eran concebidas en aquella época, ya se vislumbraba una enorme riqueza de aplicaciones prácticas: en medicina para diagnóstico y tratamiento de variados trastornos del lenguaje; en pedagogía para la mejora de los métodos de enseñanza tanto de la lengua oral como la

escrita, e incluso una variedad de posibilidades cibernéticas que, posteriormente, desembocarían en lo que se conoce como “inteligencia artificial”. Todo ello explica que “esta nueva aventura haya atraído a varios físicos, pedagogos, filósofos, lógicos e ingenieros” (Miller, 1974). Sin embargo, la lingüística descriptiva y estructuralista más la psicología conductista que se practicaban en la mayoría de los centros de estudio e investigación hasta esa época, no eran lo suficientemente poderosas como para cumplir con esas brillantes perspectivas. Tal vez por ello el desarrollo de esta nueva subdisciplina no resultó fácil ni expedito (Peronard, 1998-9). Un acercamiento real y fructífero se inició recién cuando el cambio de paradigma fue acogido por la lingüística gracias a la gramática generativo-transformacional y por la psicología en su corriente cognitiva, es decir, una vez que los procesos y objetos mentales fueron aceptados como entes susceptibles de ser estudiados científicamente.

Si bien el nacimiento de la sicolingüística había sido impulsado inicialmente por el interés compartido por la comunicación, este tema es relegado a segundo plano por influencia precisamente del mismo Chomsky quien, siguiendo a Saussure, no se interesa por el lenguaje en términos de comunicación y, por el contrario, insiste en la distinción entre competencia (conocimiento de las reglas sintácticas que permiten generar las oraciones) y actuación (uso de dicho conocimiento) y en la brecha existente entre ambos aspectos del lenguaje.

En cambio, ganó ímpetu otro tema también mencionado en la década del 50 bajo la denominación de “sicolingüística diacrónica” (Osgood, Sebeok y Diebold, 1974: 178), a saber, la adquisición de la lengua materna. Este tema, destacado por Chomsky (1970) como uno de los argumentos a favor de su posición innatista, despertó tal interés entre sus seguidores que durante un tiempo el término sicolingüística fue considerado sinónimo del estudio de la adquisición de la lengua materna. En las décadas del sesenta y del setenta los estudios acerca del tema adquirieron tal magnitud que llegaron a constituir una disciplina por sí mismos, contando con revistas, libros, monografías y congresos centrados en el tema del lenguaje infantil.

Sin embargo, estas investigaciones no lograron tener la adecuación explicativa por falta de una teoría que alcanzara algún consenso en la

comunidad científica, y su objetivo se limitó, en la práctica, a la descripción de la secuencia de adquisición en la mayor cantidad posible de lenguas. Los datos así recogidos mostraron una sorprendente regularidad intra e interlingüística que pareció corroborar las ideas chomskianas en cuanto a considerar que el lenguaje es un órgano que determina por sí mismo su propio desarrollo con escasa influencia de factores externos. Sin embargo, y luego de años de auge, estos estudios cayeron en una sostenida declinación, a pesar del apoyo encontrado por notables estudiosos procedentes de diversas disciplinas, como Katz, J. (1966), Lenneberg (1967) y Fodor (1983), entre otros.

En la década de 1980 esta interdisciplina amplía su objeto para incorporar el uso del lenguaje, es decir, la comprensión y la producción lingüística. Esto contribuye a una mayor integración de ambas disciplinas hasta el punto que se puede hablar de una transdisciplina. El cambio de paradigma en psicología había coincidido con el desarrollo de la informática, lo que permitió grandes avances en asuntos como las conductas simbólicas, la resolución de problemas y la comunicación. Estos éxitos atrajeron a la mayoría de los psicólogos cognitivos que consideraron adecuado asimilar los procesos mentales humanos a los modelos del procesamiento de la información de los ordenadores, reconociendo una analogía funcional básica entre ambos: el paradigma prevaleciente en esta nueva corriente de la psicología es el del procesamiento simbólico. Se concibe al ser humano como perteneciente a una especie dotada de una serie de predisposiciones o capacidades innatas que le permiten seleccionar, elaborar y tomar decisiones a partir de la información que recibe del exterior o que tiene almacenada en la memoria.

Las proposiciones resultantes de esta perspectiva encontraron pronta acogida en la comunidad de los psicolingüistas, de la que surgieron teorías y modelos del procesamiento del lenguaje, tanto desde el punto de vista receptivo como productivo.

Este nuevo campo de estudio se vio favorecido por notables desarrollos en el terreno de la lingüística y de la filosofía del lenguaje. En efecto, muchos lingüistas, sobre todo europeos, de corte menos racionalista que Chomsky, se sentían incómodos con la autolimitación impuesta por la lingüística estructural y también por la generativa, en

cuanto a no considerar en sus estudios el habla (la actuación), para concentrarse sólo en las estructuras de las lenguas o los sistemas de reglas para producir dichas estructuras. En forma coincidente nacieron, a partir de la década del setenta, en Austria, Alemania, Holanda, Estados Unidos, Inglaterra, por mencionar sólo algunos de los centros más importantes, diversas escuelas o corrientes cuyos estudios, aunque agrupados bajo la común denominación de “lingüística de texto” o “análisis del discurso”, se desarrollaron en forma independiente y paralela. Tenían en común considerar como objeto de estudio la actividad o el producto de la actividad lingüística. Se requiere para ello una nueva unidad que no se defina por sus rasgos formales, sino por su funcionalidad. Surge así la unidad denominada “texto” o “discurso”, y una nueva subdisciplina: la lingüística de texto.

El estudio y las propuestas de modelos para el análisis de textos se ven ampliados y reforzados por el surgimiento de la pragmática, término que utiliza originalmente Morris (1946) para designar la relación del signo con los usuarios y que posteriormente ha sido definida, en sentido amplio, como el estudio del uso del lenguaje en contexto, y en sentido más estricto, como el estudio de los actos de habla (Austin, 1982; Searle, 1986).

Una de las consecuencias más importantes de esta ampliación de lo que debe ser el objeto de la lingüística es el enriquecimiento y complejización del aspecto no formal del lenguaje: el significado, que en la época estructuralista había sido relegado a un segundo lugar. Con Saussure, el significado es sinónimo de concepto; con la sociolingüística surge la idea de significado social (estigmatización, prestigio, estándar, etc.); con la lingüística funcional, los significados ideacionales, interpersonales y textuales; con la pragmática se consolidan los conceptos de actos de referencia o denominación, los de fuerza performativa, de actos ilocutivos, de presuposiciones e implicaturas convencionales y conversacionales (Grice, 1975).

Todas estas innovaciones y adiciones al objeto de la Lingüística repercuten y enriquecen notoriamente los enfoques sicolingüísticos que cuentan con herramientas conceptuales en sus esfuerzos por explicar el uso del lenguaje en alguna de sus manifestaciones. En este marco, se crea en 1992 el Doctorado en Lingüística de la Pontificia

Universidad Católica de Valparaíso. Este programa ha sido acreditado desde sus inicios, primero por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT) y posteriormente por la CONAP. Su objetivo fundamental es la profundización e integración de conocimientos especializados en el marco de una conceptualización moderna del lenguaje, entendido como una transdisciplina, en cuyo estudio confluyen necesariamente la lingüística, la sicolingüística, la sociolingüística, la filosofía del lenguaje y la pragmática con la ayuda de tecnología informática de punta.

La lingüística de texto, a diferencia de lo que había sucedido hasta ese momento en los estudios del lenguaje, no se puede caracterizar por la homogeneidad teórica o filosófica notorias en las corrientes anteriores. Por el contrario, desde sus inicios se puede distinguir en ella una serie de modelos y conceptualizaciones relacionadas con la naturaleza de su objeto de estudio, su objetivo y su método. Aun más, ya en sus orígenes se advierten enfoques lingüísticos, literarios y artísticos que coinciden en su interés por esta nueva unidad del uso del lenguaje (Dressler, 1978). No se trata, sin embargo, de un fenómeno exclusivo de la Lingüística, es más bien el reflejo de un nuevo paradigma epistemológico propuesto por la filosofía de las ciencias: el constructivismo.

Mientras que en el enfoque empirista se piensa que el objeto se impone al sujeto y en el racionalismo se parte del supuesto de que el sujeto se impone al objeto, con este nuevo paradigma desaparece la distinción entre objeto y sujeto, y se piensa que este último es el que construye su objeto de estudio: lo que el científico conoce no es la realidad objetiva sino la representación que él se hace de dicho objeto; el objeto no preexiste al sujeto (constructivismo radical) o, si existe, no le es posible al sujeto conocerlo en sí (constructivismo moderado), ni saber siquiera si lo ha llegado a conocer. En otras palabras, hoy en día las ciencias no pretenden tener un método que les haga posible llegar a la verdad definitiva. Esta especie de “relativismo científico” pone en jaque al dogmatismo que en épocas anteriores dificultaba pensar o actuar en contra de teorías establecidas por la tradición y hacía imposible plantear ciertas preguntas. La contrapartida a tan delicada e incierta situación es la libertad de explorar temas nuevos, de plantearse innovadoras preguntas. Junto a ello surge el imperativo de difundir los modelos, hipótesis o conclusiones propias, para que

sean puestos a prueba por otros. Hoy, como nunca, la ciencia se abre a temas no explorados sin la preocupación de transgredir los límites de las disciplinas; en otras palabras, se abre a enfoques interdisciplinarios para tratar de responder las preguntas cada vez más numerosas que surgen en la medida en que abordan los diversos temas propuestos. Al mismo tiempo este relativismo trae aparejada una necesaria tolerancia hacia las ideas y posturas de otros grupos de investigadores.

Si en la época estructuralista las disciplinas se esforzaban por mantener su independencia, hoy se tiene conciencia de que los límites entre ellas son difusos. Se entiende que corresponden a miradas desde diferentes puntos de vista sobre un mismo asunto, perspectivas que sirven para enriquecer la comprensión que se llegue a tener sobre él. Cada vez con mayor frecuencia, se busca el apoyo de estudiosos provenientes de otras disciplinas. Por ejemplo, como lo señalara una investigadora en el campo del desarrollo ontogenético de la pragmática, una de las emergentes corrientes de la lingüística que se ubica en el límite entre las convenciones lingüísticas, las creencias y las expectativas de los hablantes, “los lingüistas que trabajan en el área de la pragmática necesitan de modelos psicológicos tanto como los sicolingüistas necesitan de los métodos heurísticos de la teoría lingüística” (Bates, 1976: 6).

La Lingüística actual parece haber recogido lo mejor de cada una de las corrientes que han caracterizado su breve pero fructífero desarrollo durante los últimos cien años, mientras que su pretendida inmanencia ha quedado atrás. No es de extrañar, entonces, que los dos doctorados en lingüística acreditados que actualmente se ofrecen en Chile, el de la Universidad Católica de Valparaíso y el de la Universidad de Concepción, ofrezcan a sus tesisistas la posibilidad de aventurarse en temas tan disímiles como la inteligencia artificial, la lingüística computacional, la neurolingüística, la fonología al servicio de la medicina, las patologías lingüísticas, las patologías mentales y su temprano diagnóstico, los análisis de textos lingüísticos y multimediales, la enseñanza de lenguas, la comunicación en sus más diversas formas, entre otras áreas de investigación.

En efecto, hoy la Lingüística, junto a sus subdisciplinas, tiene algo que decir en toda Actividad humana en la que, de una u otra

manera, participa el lenguaje: su base neurológica, su adquisición, su uso, sus patologías, su enseñanza y su aprendizaje. En otras palabras, tiene que dar y recibir información de muchas áreas cultivadas en prácticamente todas las disciplinas: la Neurología, la Fonoaudiología, la Siquiatría, la Física Acústica, la Psicología, la Sociología, la Antropología, las Ciencias de la Comunicación, la Informática, la Literatura, la Pedagogía, por no mencionar los estudios comparativos de lenguas, dialectos, sociolectos, registros, géneros discursivos con las diversas variables contextuales asociadas.

En otras palabras, la Lingüística, de ser una ciencia encerrada en sí misma, ha pasado a ser ahora complemento importante de una gran cantidad de equipos interdisciplinarios que requieren especialistas en las ciencias del lenguaje. Por ello no es de extrañar que existan otros doctorados en Chile que, sin llevar la denominación de lingüística, ofrezcan una especialización en algún aspecto del lenguaje: nos referimos, por ejemplo, al Doctorado en Ciencias Humanas con mención en Literatura y Lingüística, ofrecido desde 1997 por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile o, incluso, al Doctorado en Comunicación ofrecido por la Universidad Diego Portales.

Esta escasa oferta de estudios de alta especialización en el área del lenguaje, posiblemente no se mantendrá por mucho tiempo. Parece muy probable que esta situación cambie radicalmente, en la medida en que las universidades y los profesionales de otras disciplinas descubran la importancia de tener en sus equipos especialistas en lenguaje. También, en la medida en que las universidades que en la actualidad ofrecen estudios conducentes al grado de máster en lingüística –como la Universidad de la Frontera, la Universidad de Santiago de Chile, la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad de Chile– puedan contar con los doctores que ahora se están formando en nuestro país para expandir sus estudios hacia el grado superior, sin tener que depender de profesores venidos de universidades extranjeras, como es hoy el caso.

Por otra parte, si consideramos lo dicho anteriormente acerca del debilitamiento de las fronteras entre las distintas ciencias y el enfoque multidisciplinario que se está privilegiando al tratar la mayoría

de los temas que interesan hoy a la humanidad, no deberíamos cerrarnos a la posibilidad de que otros posgrados, como por ejemplo el Magíster en Comunicación de la Universidad Diego Portales, o los de educación dictados, entre otras, por la Universidad Central, la Universidad de Talca, la Universidad del Bío-Bío o la Universidad de La Serena, ofrezcan posibilidades de profundización en el estudio de las ciencias del lenguaje.

En conclusión, si bien en la actualidad tanto la oferta como la demanda de especialistas en ciencias del lenguaje parecen escasas en nuestro país, se puede vislumbrar, en un futuro cercano, un aumento de opciones para seguir estudios de posgrado en lingüística y ciencias afines, así como un mayor interés y una mayor valoración de estos especialistas en los grupos multidisciplinarios de investigación.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y NOTAS

- Austin, J. L. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós, 1982.
- Bates, E. *Language and Context: the acquisition of pragmatics*. London: Academic Press, 1976.
- Chomsky, N. *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Madrid: Siglo XXI, 1981.
- Chomsky, N. "Crítica de 'Verbal Behaviour' de B. F Skinner". *¿Chomsky o Skinner?* Comp. R. Bayés et al. Barcelona: Fontanella, 1977. Pp. 21-86.
- Dressler, W. *Current Trends in Text Linguistics*. Berlin: De Gruyter, 1972.
- Fodor, J. *La modularidad de la mente*. Madrid: Ediciones Morata, 1986.
- Grice, P. "Logic and Conversation". *Syntax and Semantics. Vol. III: Speech Acts*. Comp. P. Cole y J. L. Morgan. New York: Academic Press, 1975. Pp. 41-45.
- Halliday, M.A.K. *El lenguaje como semiótica social*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Hempel, C. *Filosofía de la ciencia natural*. Madrid: Alianza, 1973.
- Joos, Martín. *Readings in Linguistics*. Chicago: Chicago U. Press, 1966.
- Katz, J. *The Philosophy of Language*. New York: Harper & Row, 1966.
- Katz, J. *Semantic Theory*. New York: Harper & Row, 1972.
- Kuhn, T. S. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971.
- Lenneberg, E. *Fundamentos biológicos del lenguaje*. Madrid: Alianza, 1975.
- Miller, G. A. *Sicología de la comunicación*. Buenos Aires: Paidós, 1969.
- Miller, G. A. "Los sicolingüistas". *Sicolingüística*. Comp. Osgood et al. Barcelona: Paidós, 1974.

Morris, Ch. *Signs, Language and Behavior*. New Jersey: Prentice-Hall, 1946.

Osgood, Ch., Sebeok, T. y Diebold, R. *Sicolingüística*. Barcelona: Planeta, 1974.

Penrose, R. *Lo grande, lo pequeño y la mente humana*. Madrid: Cambridge U. Press, 1999.

Peronard, M. “La sicolingüística: el difícil transitar de una interdisciplina”. *Boletín de Filología*, XXXII, Vol. 2: 969-984, 1998-9.

Popper, K.R. *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos, 1973.

Rona, J. P. “¿Qué es un americanismo?”. *Actas del Simposio de México*. México: UNAM, 1969.

Saussure, F. de. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1945.

Searle, J. *Actos de habla*. Madrid: Cátedra, 1986.

Skinner, B.F. *Verbal Behavior*. New York: Appleton, 1957.